





ADIÓS ARCADIA PUIGDEMONIACA
TABARNIA EN TIEMPOS DE WAMBA
PARTE II



Jean Garciant

ADIÓS ARCADIA PUIGDEMONIACA

TABARNIA EN TIEMPOS DE WAMBA

PARTE II



Primera edición: marzo 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jean Garciant

ISBN: 978-84-18250-08-8

ISBN digital: 978-84-18250-09-5

Depósito legal: M-9269-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todos los que, siguiendo los pasos de Xavier Rius,
Arcadi Espada y otros muchos, han optado por luchar
en defensa de las libertades del pueblo y de la unidad física y
moral de España tan descaradamente sometida
a los vendavales delictuosos de ciertos tecnócratas.
Este trabajo va también dedicado a los que no cesan de
denunciar las ideologías esencialmente supremacistas
y excluyentes, de los que socarronamente se esconden bajo los
repelentes escombros de partidos encenagados en la discordia y
el odio.*



PREÁMBULO

Muchos años han pasado desde que me despedí del buen cura de Cangas del Narcea, que, respondiendo a mi solicitud, se había dignado enviarme un *mail* para decirme que, en los anaqueles de la desvencijada biblioteca del monasterio de Corias —en vías de convertirse en Paradero Nacional— había encontrado —¡pura suerte!— el tesoro por el que yo estaba dispuesto a recorrer España entera.

Durante los años de ininterrumpida correspondencia, el sabio y comedido religioso no me volvió a hablar de sus trabajos personales, seguramente por modestia y quizás también porque había aguardado el grato momento de anunciarme, como me lo había prometido, que acababa de finalizar la traducción del segundo tomo, correlacionado con el que tuve la suerte de poder entregarte, ¡oh! lector, bajo el título de: *Tabarnia en tiempos de Wamba*.

Me invitaba el amable párroco a que viajara de nuevo a su hermosa tierra, prometiéndome que nada más llegar, me dejaría tomar todos los datos que me fueran menester para completar mi encuesta sobre el reino tan enigmático y emocionante del rey Wamba. A él, eso de internet le sonaba a diseminación del substancial substrato contenido en el secreto del papel.

Me apremió a que me personara en su casa para remitirme, en manos propias, la suma del último trabajo que el padre Carvallo había voluntariamente resguardado en la biblioteca del susodicho monasterio de Corias y que él, durante la dislocación de los valiosísimos tesoros allí abandonados, había puesto a salvo de la codicia

de los políticos y coleccionistas, interesados esencialmente por el valor mercantil y no por el cultural de las obras.

Me aseguró que, tras penoso trabajo (¡las ocupaciones pastorales no le permitían apartarse del cumplimiento de su ministerio!) había logrado traducir el valioso manuscrito del desconocido cronista para que, a mi vez, lo entregara, como bien me pareciera, a los pocos lectores que pudieran mostrar interés por temas tan arduos y herméticos como el que nos incumbía.

Sin dudarlo un segundo, tomé el coche y, al día siguiente, me hallé en Cangas, a las puertas del presbiterio, en donde fui acogido, con extremado júbilo, por mi afable huésped.

Como vio que llegaba cansado del largo viaje, no quiso avasallarme con los primores de su valioso trabajo y me invitó a compartir una suculenta cena en uno de los mejores restaurantes de la villa.

Al día siguiente, tras frugal desayuno, me acerqué sin tardanza al presbiterio, en donde mi buen samaritano ya me estaba aguardando.

Me saludó cordialmente y me apremió a que le siguiera hasta la sacristía.

Allí, detrás del consabido confesional, al lado de la descalabrada estatua del ángel desplumado, que había visto la primera vez que fui a Cangas, no tardó en levantar cuatro baldosas que tapaban un hoyo en donde seguía escondido el viejo baúl cubierto con cuero repujado que tanto me había impresionado la primera vez que lo vi.

Lo sacó de su escondite, lo abrió con esmerada precaución y escogió un tomo que, por lo mal conservado que estaba, me pareció cargado de siglos y de malos tratos. Lo depositó con sumo cuidado sobre una mesa y, de nuevo, con gesto lento y calculado, cogió dos cuadernos que me puso en las manos, anunciándome, feliz, que se trataba de la esmerada traducción del manuscrito, heredado de su emérito paisano, el padre Alfonso Luis de Carvallo.

Leí el título y comprendí que, efectivamente, me hallaba ante la segunda parte del famoso *Tabarnia sub Wambae praesidium*, pero el

nuevo volumen que me entregó llevaba otro título que me pareció en todo punto conforme al primero: *Putusdemoniaquae Arcadia*.

A la vista del título, supe de inmediato que estaba, una vez más, en posesión de un documento extraordinario, en el que era cuestión de la vida política en las postrimerías del reino visigodo, aunque, para ser sincero, lo de *Putusdemoniaquae Arcadia* me sonara a diatriba, farsa o sátira.

El título me pareció naturalmente emparentado con la mentalidad de aquella época, francamente enajenada con la seca racionalidad de nuestra decadente sociedad de consumo.

—¡Si te apetece, puedes comenzar a fotocopiarlo, aunque también puedes ignorarlo en caso de que no corresponda a lo que has venido a buscar! —me dijo, algo sorprendido, ante mi perplejidad—. Por lo que a mí se refiere —continuó—, puedo aseverarte que mi trabajo ha sido esmerado e imparcial. He puesto todo mi empeño y cariño en la traducción de este hermoso trabajo, procurando permanecer fiel al contenido y buscando el vocablo más sutil para poder calcarlo sobre el original sin dañar el contenido. No ha sido nada fácil sabiendo que las mentalidades han sufrido cambios radicales a lo largo de tantos siglos.

—Antes que nada quisiera leerlo atentamente, si usted me lo permite, para poder hacerme una idea exacta de los asuntos abordados. Así, me sentiría más cómodo a la hora de fotocopiarlo para, con su permiso, y en caso de que corresponda a mi espera, proponerlo a una editorial que sepa apreciar la verdadera historia de su propio país y el esmerado trabajo que ha realizado.

—¡Es verdad, joven! ¡Es verdad! Ya sabrás que, en estos días tormentosos, en los que la palabrería de los políticos corruptos y sediciosos se propala, cual pandemia, por el suelo hispano, la gente, naturalmente honrada, debe saber que los platos envenenados que nos sirven los mafiosos que gobiernan nuestras vidas vienen a ser muy parecidos a los que emponzoñaron nuestras amadas Españas, ya en tiempos del incorruptible Wamba.

—¡La historia es cíclica, padre! Se repite inexorablemente con su lote de víctimas y dramas.

—¡No por ello nuestros alevosos dirigentes cambiarán de comportamiento ni de estrategia! Una vez encaramados en la cúspide del poder, no hay uno solo que no se sienta autorizado a incurrir en toda suerte de delitos. Convencidos de que las leyes no se han hecho para ellos, no dudan en servirse directamente en las arcas del estado, como lo hicieron sus antepasados, y como lo harán sus sucesores, porque el poder es diabólico. Imagínate que un trabajador honrado se pasa toda la vida de casa al trabajo y del trabajo a casa, y cuando se da cuenta, se ve de patitas en la calle, condenado a vivir de un mísero subsidio. Ellos, en cambio, como saben que no durarán mucho las vacas gordas, se aprovechan de la situación para forrarse. El tiempo es oro para ellos... Con cuatro años de palabreo se preparan una jubilación de Rey Sol.

Me contó, con todo detalle, la situación catastrófica en la que los políticos habían puesto a la España que yo amaba. Temía que, por la indiferencia con la que regían los asuntos más apremiantes, una hecatombe la hiciera estallar en un puñado de pequeños feudos, totalmente desprovistos de futuro, ya que el mundo, para poder existir frente a la concurrencia, estaba condenado a la reagrupación y no a la fragmentación.

Concluyó su breve arranque de ira diciéndome que España avanzaba a reculones.

Aquella noche, tras haber escuchado atentamente el grave monólogo con el que el buen hombre me retrató el porvenir incierto de su país, la pasé estudiando detalladamente el segundo tomo dedicado a la Tabarnia antigua; la Tabarnia que, de veras, existió en tiempos de Wamba.

Me agradó sobremanera el contenido de la obra y decidí, con permiso de mi buen anfitrión, confiarla a una editorial que se pasara por alto las consideraciones meramente mercantiles y que apostara por entregar al pueblo hispano algo que le recordara que, muchos siglos antes, sus antecesores ya habían tenido que purgar

la sociedad de un sinnúmero de ratas, sanguijuelas y otras alimañas que habían comenzado a corroer el fundamento mismo de la Patria, logrando escindirla en pequeños feudos para entregarla, una vez descuartizada, a la inconmensurable codicia de los sanguinarios africanos.

Regresé a Francia harto satisfecho de mi corta estancia en la hermosa tierra asturiana y, tras sosegada y meticulosa lectura del manuscrito, hondamente convencido de que los tesoros hallados en Torredonjimeno y Guadamur —con los que el anónimo autor había llenado su meritorio trabajo— corresponden, tanto por la suntuosidad y magnificencia de las obras encontradas como por sus vínculos con el culto, a los valiosísimos objetos que, en tiempos de Wamba, los bucelarios de las huestes del mal habían querido poner a salvo para usufructo personal, sustrayéndolo, de paso, a la codicia del utopista puigdemoniaco que, con el apoyo de un puñado de delictuosos meticulosamente escogidos entre los enemigos declarados del trono, había erigido, de la nada, una caricatural Arcadia perdida.

Volví a leer pausadamente el trabajo del sabio astur y, viendo que en sus páginas habitaba la copia perfecta de muchos de los sediciosos, corruptos y enemigos de la gran España actual, comprendí que mi deber exigía que entregara al pueblo hispano el tesoro que el sabio heredero del padre Carvallo me había hecho descubrir para que, a la luz del pasado, se instruyera y no incurriera en las mismas ruindades que llevaron el reino visigodo a la ruina en el siglo VII.

Besançon, a 20 de febrero de 2019.



I

PRIMER AVISO

El otoño del año de gracia 675 se anunciaba extremadamente agresivo.

En la corte toledana, los días se seguían con incesante acopio de quejas, amenazas, revueltas y sacudidas.

Acechado por la hambruna y corroído por el veneno que, en las estribaciones del Pirineo, destilaban los enemigos de la Corona y las sacudidas que, al meridiano, llevaban a cabo los africanos, el reino se encaminaba forzosamente hacia una hecatombe sin precedentes.

El *Viris Illustris* que, en el año de gracia 656, humilde y obediente a las órdenes de Recesvinto, había asistido al Concilio de Braga para proclamar e imponer, ante la numerosa y abigarrada asamblea, el meritorio testimonio de San Martín de Braga, había perdido el timbre enérgico de su potente y persuasiva voz. Después de su estancia forzada en la revoltosa Septimania, Wamba, hastiado y arrepentido de haberse dejado deslumbrar por los destellos de la corona, había decidido permanecer apartado del mundo durante el tiempo que fuera menester para encontrar las soluciones que reclamaba el dilatado reino. Escasas eran las alegrías que emanaban del ejercicio de su cargo, por mucho que el comedido consejero Quirico se encargara de atizar, en su mente, el fervor y la fe.

Desde que le había ungido la frente con los santos óleos, y puesto sobre la cabeza la corona aspergida y habitada por la sabi-

duría del Todopoderoso, el metropolitano se hallaba vinculado a Wamba por lazos indestructibles.

Por disfrutar de tan alto privilegio, no dudaba en zaherirlo cuando la caótica situación política lo exigía.

—El ceño que pones despierta en mi mente el recuerdo del funesto día que el añorado Recesvinto había reservado para rendir el alma a quien se la había dado. ¿Recuerdas que los nobles allí presentes (¡me refiero a los pocos que verdaderamente merecen tal galardón!), al verte llorar a lágrima viva, no dudaron un instante en proclamarte rey al unísono...?

—¿Y a cuento de qué me vienes con esa insulsez? ¿Acaso ignoras que el honor, la amistad y el respeto son los únicos sentimientos que pueden arrancar lágrimas al corazón? ¿Sabes que, para que accediera a sus súplicas, después de haberse prostrado ante mí y hecho brillar sus aceros con estrepitoso alarde, dichos nobles obligaron al atrevido Honorio de Elo a que me espetara en el tímpano la frase que jamás hubiera querido oír en tan amargas circunstancias: «Solo saldrás de aquí rey o muerto»?

—¡Si llegaron a tan extremado proceder es porque, sabiéndose incapaces de regir tan dilatado reino, estaban seguros de que tú, al menos, no los defraudarías! ¡Y con razón! Los asuntos de la Corona ignoran el sentimentalismo... Las leyes imponen sacrificios y exigen rigor. Mi humilde consejo es que, sabiendo que la muerte de Edelvira estaba escrita en los designios celestes, la única manera de rendirle homenaje es entregarte en cuerpo y alma al cumplimiento de tu deber. ¡Eso sí que le agradaría sobremanera a la desdichada criatura! ¡Por lo tanto, cesen los sordos tormentos y volvamos a los asuntos más apremiantes!

—Y... ¿se puede saber cuáles son esos tormentos que tanto aprecias?

—Esta mañana, ha llegado de la Narbonense un emisario con nuevas del sustituto del obispo de Nîmes. Me habló de un ermitaño y de una extraña hembra que (¡según sus afirmaciones!) pretende ser *sóror* del conjunto de la humanidad. Al parecer, no cesa de

sembrar, en las mentes de los mentecatos septimanianos, la cizaña y ponzoña a la que recurren los que siguen ciegamente los mandamientos de Lucifer... (me refiero al malvado Puigdemonium).

—¡Ignoro quién es dicho ermitaño y aún más la presuntuosa hembra! ¿Qué nuevas trae del obispo?

—¡Que anda muy indignado por la nueva ley!... Te ruega renuncies a aplicarla a los miembros de la Santa Madre Iglesia si no quieres tener que enfrentarte a una nueva oposición mucho más taimada que la temida nobleza.

—¿Estás de acuerdo con él?

—En cierta medida... creo que sus palabras tienen sólido fundamento...

—Y el ermitaño... supongo que también abundará en ese sentido, ¿verdad? ¿Se puede saber quién es?

—Es el santo que tuviste la grandeza de alma de ir a visitar a la gruta en la que vivía retirado del mundo y de sus vanidades... ¿te acuerdas?...el mismísimo Gil, *el Ermitaño*...

—¡Pues, no: su nombre no me suena! ¡Seguramente un fallo más de la memoria!... ¡De lo que sí estoy seguro es de que si todos cuantos viven retraídos del mundo fueran santos, no habría cabida para todos ellos en el reino celeste!

—¡Procura avivar el seso para que se te despierte la perezosa memoria!... Tú mismo me contaste cómo, durante el sitio de Nîmes, habías enviado a algunos de tus soldados al bosque vecino en busca de venado para aplacar el hambre de tu séquito. Tras breve espera, (¡son tus palabras!), los hábiles asaetadores vieron surgir de los matorrales un cervatillo que, sobresaltado por la sorpresa, corrió a refugiarse directamente en una gruta en la que moraba un siervo del Señor que se pasaba día y noche orando y mortificando sus carnes...

—¡Ah, sí! ¡Efectivamente! ¡Se trata... creo... de aquel trágico momento en que descubrí cuán poco certeros eran los arqueros que me secundaban en el asalto a Nîmes! ¡Supe, de aquella, que nada podía esperar de su destreza al ver que uno de ellos, en vez de

plantarle un dardo al animal, se lo había espetado en el antebrazo al indefenso protector del cervato! Pero... dime... ¿A santo de qué me vienes a importunar con tales menudencias? ¿Dónde se esconde el emisario...?

—¡Aguarda: que la impaciencia es el mejor atajo para caer en el precipicio! ¿Quizás no hayas olvidado que, movido por la curiosidad (¡una de tus pocas virtudes!) pediste a los soldados que te acompañaran hasta la gruta del buen Gil, al que encontraste poniéndose un bálsamo en la llaga causada por el dardo? Pues... para solvencia de tu mal saetero, al verle nada contrariado por el percance, te enterneciste y le prometiste la parte del bosque que le gustara si, deseoso de seguir las vías de sus semejantes, se empeñara en querer construir un monasterio... (¡A ti siempre se te antojó que todo aquel que se retrae del mundo para acercarse al Creador comienza por erigir un templo en el que pueda dialogar a sus anchas con su divino intermediario!)... Pues has de saber que la naturaleza es el mayor y mejor templo para adorar al Creador, que al fin y al cabo tiene don de ubicuidad...

—¡Supongo que no has venido con la intención de entretenerme con las elucubraciones de tan afortunado aedo...!

—¡Quiá! El lego emisario de tu deudor Gil solicita remitirte, en manos propias, varias epístolas —dijo Quirico, aparentemente decepcionado por no haber logrado persuadir al recién llegado de que le dejara entregárselas él mismo al rey.

—¡Aún no me has dicho nada de la sóror...!

—Porque, ignorando quién es, no estoy habilitado a hablar de una persona cuyas opiniones y leyes desconozco... Tanto para la sóror como para el emisario será un placer hablarte de los septimanianos.

—¡Entonces vayámonos en pos de dicho emisario! ¡Quiero saber qué nuevas trae!

—¡Si viene en nombre del santo ermitaño, no dudo que, en pago de tus liberalidades, te obsequie con alguna revelación de gran envergadura!...

—¡Espero que no te equivoques, como ocurre cada vez que te inmiscuyes en asuntos ajenos a los hábitos!

Aguardó contrariado el buen Quirico a que el monarca terminase su diatriba. Luego, al momento de franquear el porche de palacio, se sobresaltó al oír al monarca ordenarle fríamente que le acompañara hasta las murallas del septentrión.

Desde mediados del año de gracia 672, en vista de cualquier levantamiento o provocación de los facciosos que pululaban en el reino o, peor, la llegada inminente de los africanos, el precavido monarca había emprendido la consolidación del recinto amurallado de la capital.

Aprovechando la presencia a su lado del patriarca, Wamba quería someterle sus planes respecto a la abertura de nuevas puertas en las macizas murallas para facilitar el paso de los pesados carruajes que abastecían la regia capital de todo cuanto precisaban sus habitantes y, ante todo, para, en caso de ataque, permitir que las mesnadas reales salieran discretamente por las puertas opuestas para rodear a los asaltantes.

Tras lenta caminata por el laberíntico recorrido de Toledo, llegaron ante una de las cuatro puertas que había mandado abrir.

Había trabajado en ellas un enjambre de canteros, carpinteros, etc. En el aire flotaba una mezcolanza de cantos, blasfemias y juramentos de los obreros, mezclados con el martilleo, zumbidos y ajetreo de todo cuanto se afanaba en dicho atolladero. También chirriaban las ruedas de pesados carruajes, espantando gallinas y perros que por allí erraban.

Algunos chicuelos, mocosos y desafiantes, con el culo al aire, descalzos y de greñas hirsutas, por las caras magras que tenían, dejaban claro que se morían de hambre y que acechaban el paso de posibles víctimas para despojarlas de cualquier bien, por insignificante que fuera. Porque como es sabido: ¡es preferible enfrentarse a cualquier peligro antes que al hambre!

Pocas hembras se aventuraban por las inmediaciones de las obras, ya que los canteros, venidos de lejanas comarcas pobladas por

(según rezaba la sabiduría vulgar) portentos, ostentos, monstruos y prodigios, gozaban de muy mala fama. Se les atribuía un natural apego a la concupiscencia y a la fornicación. Por dicho laberinto, los únicos que iban y venían a sus anchas eran los fornidos campesinos que abastecían la capital con productos de primera necesidad.

—¡Como esta, todas serán coronadas por sólida torre! —dijo Wamba a su tenedor de cuentas, mostrándole, con un gesto del mentón, la puerta en la que se afanaban los obreros. ¡Puesto que tu mano ha sido el instrumento de la voluntad celeste para ceñir mi frente con la pesada corona que tanto pavor me daba (¡y me sigue dando!), quiero que dichas torres dispongan de capillas en las que la soldadesca pueda encomendar el alma al Creador antes de librar batalla! ¡El fervor incrementa el valor! Por eso, te ordeno que te pongas en busca de nombres de santos protectores para otorgarles, por voluntad regia, el privilegio de morar en tan espléndidas capillas.

Mientras caminaban, Wamba sintió el peso amenazador de varias miradas de obreros que, por lo visto, le prometían días funestos y noches de vigilia.

Al pasar ante un grupo de canteros Quirico supo, por los escupitajos y miradas de reojo que les brindaban, que varios de ellos eran enemigos declarados del orden regio y que sustentaban el alma con la hiel que destilaban los émulos del fugado Puigdemonium y de sus secuaces.

Fingiéndose no haberse apercibido de la que se tramaba, Quirico apresuró el paso para alejar a Wamba de los sediciosos. Con su mirada autoritaria, pidió a los soldados que custodiaban la realeza que no perdiesen de vista a los obreros.

Harto de dar órdenes a los maestros de obras y trabajadores para que se activaran y remataran los artesonados, mosaicos y revestimientos de las paredes aún vírgenes, Wamba ordenó a su interlocutor que le condujera *ipso facto* al palacio episcopal. Necesitaba entrevistarse cuanto antes con el recién llegado. Saber qué vendavales le habían empujado hasta Toledo.

Al pasar cerca de un grupo de canteros que trabajaba en la fachada de la futura capilla en la que encontrarían asilo las reliquias de algún santo, uno de ellos, levantándose prestamente, se acercó a la comitiva y, con sorna y desafío, cogió al vuelo el manto del rey, con el que quiso restregarse la frente y, suprema afrenta, limpiarse los mocos que manaban por sus luengas barbas...

—¿Qué haces, Daniel Matthaesus? ¡Quietó, *Mastuerzo!* —gritó uno de los que con él trabajaban, llevándose las manos a la cabeza, en signo de indignación—. Este mequetrefe —dijo, dirigiéndose a la guardia regia— es un podemita, que, como la planta que le da el mote, «enciende mucho, pero da dolor de cabeza!». Tened cuidado porque el espolón que le sirve de nariz es más peligroso que los colmillos de un jabalí. ¡Como todos sus correligionarios, pertenece al orbe de los cinocéfalos y, con sus ladridos, invoca sin cesar al luciferino Putusdemonium!

Los obreros celebraron con silbidos y aplausos las palabras del compañero.

El consejo no tardó en cobrar efecto. En el momento en que el atrevido podemita corrió hacia el rey, movido por el resorte de la villanía, uno de los militares, desenvainando la espada, le asestó tan certero golpe que, ante el asombro de la asistencia, la protuberante nariz del mucoso voló por los aires, acompañada por un chorro de sangre. La gesta avivó, en la mente del religioso, el famoso espadazo con el que Pedro había cortado la oreja del militar que había osado levantar la mano sobre el Redentor, en el huerto de los Olivos.

Para sus adentros, no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

—¡Tendrás mucha nariz, Mastuerzo, pero careces de olfato porque, por lo visto, no has olido el golpe que se te destinaba! —dijo una voz anónima, acompañando las palabras con tremenda carcajada.

Temiendo que se les asociara, de rebote, al atrevido, los canteros y artesanos prefirieron dar la espalda al espectáculo, entregándose de lleno a sus ocupaciones, mientras los soldados apresaban

al podemita, al que condujeron a palacio, en vista de sentenciarlo conforme al delito cometido.

Quirico sabía que los enemigos de la Corona no cesarían jamás de buscar aliados y medios para proseguir la pugna contra el que calificaban abiertamente de tirano. Sabía que, recurriendo a viles estratagemas, tratarían de sobornar a los carceleros y guardias que custodiaban a los sediciosos que se pudrían en los calabozos. Naturalmente proclive a la clemencia, su primera impulsión le inspiró un átomo de reprobación, pero su lealtad a Wamba exigía de su ministerio un apoyo ciego: sin cálculos ni compasión. Condenó al insolente, solicitando secretamente para él toda suerte de castigos.

Aprovechando el silencio que les imponía, a su paso, el alboroto callejero, el hábil consejero recordó que, en numerosas ocasiones, con el arco de la razón y no con el punzón del sermón, le había espetado, en mitad del corazón, los acerados dardos de la verdad que tanto miedo le daba a Wamba: el cielo exigía sacrificios como el de la muerte de Edelvira o las agresiones espontáneas para que su carácter se blindara contra las adversidades cuando los sediciosos se levantaran en armas contra la nación.

¡Bien sabía que Wamba no había aceptado el trono de grado! Que el ejercicio del poder se le había impuesto en un momento de extravío o de ofuscación. Bien sabía que, ahora, rico de la experiencia que tenía de su cargo, ya no le quedaban más que un puñado de dudas y el deseo inconfesable de dar un puntapié en el hormiguero para enviar a paseo al conjunto de los nobiliarios y religiosos que se desvivían por destruir todo lo que su ilustre predecesor le había delegado y que él procuraba consolidar y mejorar por las vías legales de la legislación.

Sabía que los manipuladores de conciencias, los sediciosos que, en los contrafuertes pirenaicos, seguían hilvanando su trabajo de zapa, bregaban incansablemente para que no quedara nada de la Hispania que, por capricho y vanagloria, condenaban a la destrucción.

Sabía igualmente que los puigdemoniacos, segundados por los podemitas (¡escupitajos luciferinos —decía el vulgo— creados para corromper el orbe!) y demás prevaricadores, no habían cesado de mostrarse violentos e intransigentes; que (según le contaron varios monjes llegados a Toledo para escapar a las persecuciones de las que eran víctimas los que no se adherían al credo puigdemoniaco) en sus espeluznantes diatribas contra la monarquía, los abanderados del *Processus* atolondraban a los adeptos, cebándolos copiosamente con el cieno de sus pútridas teorías, en las que septimanianos y narbonenses pretendían ser víctimas idóneas del absolutismo toledano.

Al cabo de larga caminata, llegaron ante las puertas del palacio episcopal; Quirico, repartiendo puñados de bendiciones a todo bicho viviente que les salía al paso, y Wamba, echando pestes contra el cielo por haber permitido lo inadmisible, a saber: el mal pago que recibía por haber defendido los contrafuertes pirenaicos contra el galo; empujado a los vascones hasta sus malditas madrigueras y, poco después, cuando, tras la exitosa victoria contra las tropas árabes, al mando de una escuadrilla, se había visto forzado a salir de *Portus Albus**, y *Caetaria** para perseguir y destruir más de doscientas naves árabes que amenazaban la paz interior del reino... Y... en pago de sus vitoreadas gestas, debía prepararse a combatir a sus propios vasallos...

Malhumorado por todos aquellos resabios, en cuanto llegaron al palacio episcopal, mandó al primer criado que encontró que fuera a por el emisario septimaniano.

Poco después se presentó un fornido adolescente que, al ver al rey, se inclinó ante él, con exagerada reverencia.

—¡Espero que las nuevas que traes sean acordes a las que aguardo! ¿Se puede saber quién eres, qué noticias escondes en tu mente y quién te envía?

—Soy Nebridio de Tarrassa, discípulo de beato Gil, en cuyo nombre he venido para remitirte estas epístolas —dijo, al tiempo que se las entregaba en manos propias, conforme a la terminante demanda del ermitaño.

Nada impaciente por ver el contenido de las vitelas, Wamba se las entregó, con cierta indiferencia, a Quirico, el cual supo al instante vislumbrar las verdaderas causas de tanta generosidad.

Los largos años habían ido tejiendo un velo invisible en los ojos del monarca, incapacitándole toda lectura.

—¡Puesto que no has sabido mostrarte convincente con este jovenzuelo para que te remitiese las vitelas, léelas! —dijo Wamba a su concienzudo lector.

Sin hacerse de rogar, el metropolitano dio rápida lectura a la misiva del Ermitaño, en la que, recurriendo a una fraseología hartamente empalagosa, instaba al rey a que liberara a varios de los presos (de los que citaba los nombres), para —decía— sosegar el flujo impetuoso del vulgo narbonense.

A lo largo de la epístola, el ermitaño no cesaba de justificar su plegaria. Temía que, según le había asegurado el obispo suplente de Gumildo y confirmado Argebado (fiel entre los fieles) las fuerzas secretas del secesionismo se fueran incrementando hasta poder retar a las milicias regias y hacer vacilar los fundamentos de la monarquía. Le aseguraba que los traidores no cesaban de enrolar en sus *moscones de cuadra* a los pendencieros, ladrones y menesterosos, fáciles de engañar con deslumbrantes promesas.

—¿Tan agudo y sensato es tu mentor para que a él se remitan los alevosos y le apremien a que me convenza de la inminencia de nuestra derrota? —inquirió Wamba, dirigiéndose al recién llegado—. ¿Sabrías decirme qué vínculos le supeditan a los rebeldes?

—¡Ninguno! ¡Pero sí los que le hacen entornarse hacia Toledo! He asistido, en varias ocasiones, a ciertas visitas de embajadas nada pacíficas, a las que siempre ha denegado el derecho a decidir fuera del consenso real. Cada vez que han intentado sobornarlo, él los ha reprimido e invitado a que renuncien a una causa que, por lo poco razonable que parece, está condenada a disolverse en el olvido... ¡Su cordura es un freno para los espíritus más corruptos!

—O muy poco convincentes son sus argucias o su lealtad anda muy debilitada porque pedirme que indulte a parte de los rebeldes

para que vuelvan a las andadas con el tiempo... ¡vamos! ¡Hay que carecer de cordura! ¡Mejor me brindara los medios para maniatar a todos los leprosos mentales y arrojarlos al *Tagus**, rumbo al infierno!

—¡Sabed que Gil es el más noble defensor de la Corona y de la legitimidad! Aborrece la violencia y condena las armas... No cesa de pronunciar vuestro nombre, que asocia a la ética y a la justicia...

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya que me pareces sincero, quiero creerte! Veamos lo que nos reserva el siguiente pergamino. ¡Lee, anda! ¡Lee de una puñetera vez! —dijo, con voz de enfado, al metropolitano—. Y primero, ¿a qué mano se debe tal misiva?

Antes de que el religioso diera comienzo a la lectura, Nebridio de Tarrassa se atrevió a dar su opinión sobre la autora de la vitela.

—¡Permítaseme, antes de que se exima el secreto contenido de la epístola, retratar a su remitente, que conozco por haberla soportado cada vez que, obcecada por lo que se le antojaba deber moral, vomitaba, ante un puñado de degenerados, las sandeces con las que suelen alimentarse los espíritus facciosos! So pretexto de servir a Dios y al prójimo, esta lechuza (¡pido se me permita dar libre curso a la panoplia de calificativos que mejor corresponde a la lucífuga puigdemoniacal) responde al nombre de Lucía, aunque, en vez de deslumbrar por su luz, parece llevar en su seno, la negrura del infierno. Caram-Bano la llaman sus congéneres, por habersele helado y cuajado, con los rigores del invierno, su corazón de religiosa podrida (¡con permiso!). El rumor la califica de montículo antropomórfico de basura y podredumbre...

—¡O mucho la aborreces o muy cargada de crímenes yerra tal sierpe por este valle de lágrimas! —dijo Quirico, acompañando sus palabras por una sonrisa que denunciaba cierto placer y sobrada condescendencia.

—¡Lejos de mi mente tal villanía! ¡El mismo santo Gil nos ha confesado (refiriéndose a la hembra que se esconde tras el sayal y de la que traigo nuevas) que se trata de un portento, nacido en tierra remota, argentifodina, poblada por asesinos que, para co-

meter sus latrocinios y crímenes, recurren a encantamientos mágicos! Son todos sus congéneres desnaturalizados hermafroditas, sodomitas y curanderos del seso, ya que carecen, globalmente, de entendimiento y raciocinio... La locura es el mal endémico a los moradores de su tierra...

—¡Bueno, ya basta! —atajó Wamba, harto de oír tantas necesidades—. ¡Y tú, no te demores! ¡Anda, léeme el pergamino! —dijo, dirigiéndose al metropolitano, el cual se sobresaltó al oír la vehemente exhortación.

Temeroso (aunque nada dejara traslucir su susceptibilidad), el religioso desenrolló la vitela y, suavemente, con voz pausada, inició la lectura, poniendo el acento sobre las palabras que le parecían dignas de ser subrayadas.

*«Yo que tanto me afano y me desvelo
Por parecer que tengo de profeta,
La gracia que no quiso darme el cielo...»*

Pídote Wamba, en nombre de mis hermanos en Cristo, que, dejando aparte esa pesada corona que solo te sirve para pavonearte ante indefensos prisioneros, y que, por ende, envilece tu senil frente, ceses de querer gobernar estas comarcas (me refiero a Tarraconense y Narbonense) que, por lo que han demostrado no ha mucho, no han cesado de buscar medios de emanciparse de la pesada tutela toledana.

Mi exhortación es el resultado de la suma de numerosos adherentes a la noble causa.

Entre los excelsos amantes de libertad y sus más seguros y nobles abanderados figuran tres obispos y cuatro abades. Cierto es que el único que ha faltado a su deber es el malvado obispo de Vic, el cual, nada experto en asuntos carnales, me ha condenado a las llamas del infierno por haber abrazado y propalado las justas y razonables aseveraciones de mis hermanos antidicomaritas, con las cuales he defendido y sigo defendiendo que María, tras haber engendrado al Redentor, a ejemplo de cualquier hembra, ha tenido relaciones carnales con su santo esposo José... Por experiencia propia, puedo aseverar que no hay gozo tan sublime ni sacramento tan transcendental como la libido...».

—¡Basta! —interrumpió Nebridio, gesticulando como para taparse los oídos ante tan tremenda blasfemia—. Mi buen mentor, Gil, el Ermitaño, al que vanamente dicha víbora ha intentado inocular su veneno, siguiendo los pasos del precitado obispo de Vic, ha insistido sobre su repulsa total de lo que pueda vomitar la cloaca que le sirve de surtidor bucal a la monja podrida: una suerte de inmundicia de la que solo puede germinar podredumbre y cieno.

—El resto es una sarta de inepticias con las que pretende lograr la redención e indulto de sus padres espirituales, los adeptos del puigdemonismo, de los podemitas y de los corruptos que se empalagan hablando de sociabilidad, refiriéndose socarronamente a las bienaventuranzas —resumió Quirico, sobrevolando la misiva.

—¡En realidad, lo que ninguno ha dicho y que debiera haber sido antepuesto a todo lo oído es que el conjunto de prelados de las lejanas *Ausona**, *Ilerda**, *Gerunda** y otras muchas ciudades están que trinan desde que descubrieron el contenido de las nuevas leyes! —aclaró Nebridio, con voz habitada por la mansedumbre y la clarividencia—. Para colmo —prosiguió—, a ellos se han juntado los discípulos de Puigdemonium, más feroces que nunca. ¡Escasos son los sermones en los que no inciten a la violencia contra todo lo que pueda representar un asomo del poder central! Maldicen a Toledo, tildándolo de ladrón y esclavista, y ruegan al cielo que haga caer sobre las provincias hispanas un diluvio de calamidades y sufrimientos. Últimamente se han encendido las llamas de la ira en tal manera que los puigdemoniacos y podemitas han puesto en común (como remedio a los daños que no cesan de causar y que os atribuyen) su delirio para proclamarse promotores de la *res publica**...

—¡Pues que sigan el ejemplo romano, en el que la competencia por la magistratura sembró, entre la aristocracia, tanta sed de enriquecerse a costa de la plebe que desembocó en tres guerras civiles! ¡Guerras que socavaron la tumba de la orgullosa Roma! La autodestrucción es el resultado más seguro de los que no viven

más que para sacar provecho de la estupidez de la plebe. ¿Es lo que reclaman esos míseros prevaricadores? ¡De seguro... porque... siendo incapaces de involucrarse en actividades que justifiquen su retribución, esperan que el azar deposite, en sus mansiones, la cornucopia tan deseada!... —sentenció, perentorio, Quirico, harto instruido en el pasado reciente de los pueblos.

—Dejémonos de tanta melopea y busquemos soluciones a lo que acabamos de oír, tanto sobre los prisioneros como de la epístola del buen samaritano y la de la prostituta Magdalena...

Al oír la horrenda confusión que reinaba en el espíritu de Wamba (¡qué bajeza comparar a la pendeja Caram-Bano con la arrepentida mujer que lavó los pies de Cristo con sus lágrimas antes de enjugarlos con valioso perfume!) el metropolitano estuvo por descampar y dejarlo sumido en el quebradero de cabeza que representaban los asuntos pendientes. Pero no lo hizo, por amor al rey.

—¡Cuanto más encaramados están en el pedestal de gloria, tanto más cerca están de la antesala del infierno! —prosiguió Wamba, saboreando el impacto de su descarga contra la Santa Iglesia—. Tienen todos esos cantamañanas, por potentes alas, la maldad y la cobardía, ¡como la mayoría de los santos varones monjiles que se repanchigan en el estupro y piden abstinencia y recato a sus feligreses!

—Hasta que no convoques un concilio, la iglesia no cesará de derivar hacia el caos —dijo el religioso, incomodado por las acerbas palabras del monarca.

Harto conocedor de la gangrena que corroía los fundamentos del reino, Quirico desconfiaba más de los miembros de la Iglesia que de los que esta denunciaba públicamente como mal endémico de las Hispanias: los hebreos.

Por estas y otras muchas razones, había instado a Wamba a que creara nuevos obispados y que los atribuyera únicamente a prelados fieles a la Corona. Había confesado al rey que su sugerencia obedecía al deseo de hallar una solución radical a los abusos y simonía a los que numerosos religiosos estaban avezados y que, inmersos en aguas nada purificadoras, buscaban aliados corrup-

tivos que, como ellos, se conchababan con adoradores de Baal y del buey Apis.

—«*Acuérdate de desconfiar!*», aconseja el sabio griego —dijo el prelado con tono conciliador—. Como me ha contado mi eminente y sabio confesor Teodulfo, el metropolitano de Braga, Leodegisio, Julián y los obispos de Galicia que le obedecen se desviven por granjearse las simpatías de la nobleza con el fin de forzarte a aflojar el nudo que, según rezan, les has puesto en la garganta.

»¡La insurrección cunde por todo el reino! Los pérfidos crean alianzas contra la Corona y los nobles (¡que aún carecen de blasón!) escupen contra Toledo, acusándolo de los males que se abaten sobre sus feudos... ¿Qué cuentas hacer para que vuelva a triunfar la paz?

—¿Qué me aconseja mi sabelotodo?

Quirico no tuvo tiempo de responder porque, de súbito, se oyó un estrepitoso forcejeo, seguido por un clamor de voces que pedían a gritos que se les condujera sin demora a presencia del rey.

—¡Heme aquí! ¿Quién osa introducirse en palacio armando tamaño estruendo?

—Tus siervos, ¡oh, rey! ¡Tus *excubidores**, que llegan de las prisiones con malas nuevas...!

—¿Qué me cuentas? ¡Desembucha!

—Hemos hallado a los vigilantes de noche acuchillados y parte de los separatistas han sido liberados —dijo el jefe de la tropa, envolviendo sus palabras con una salva de escupitajos como para expectorar la hiel que le amargaba el instante—. Al amparo de la noche o aprovechando el momento de confusión sembrado por el podemita Mastuerzo, seguramente los asaltantes que han logrado introducirse en los calabozos hayan pasado al filo de la espada a todos los centinelas que hallaron a su paso. Solo ha sobrevivido uno de los cuatro. Él sabrá decirte quiénes eran y cuántos...

—¿Quiénes han sido los beneficiarios del baño de sangre?

—¡El mismísimo obispo de Magalona, Gumildo, seguido por su sombra, Rufalandaina, el rufián que no cesaba de reclamar co-

mercio con rameras! Artharo Mussus y el alucinado cinocéfalo Joannes Tardón, con el que ninguno de los carceleros ha podido intercambiar la sombra de una palabra, por faltarle seso y tener en demasía los atributos naturales del mundo porcino... Otrosí, los que verdaderamente representan un peligro para la estabilidad del reino: el corcovado de coleta; ese esforzado varón que se ha tornado en mujeriego y que es la hez y escoria del pueblo, hijo de prostituta y de portento, el mendigo de talentos que el cielo le ha denegado, ese Ecclesias que corrompe, por su nombre, todo cuanto toca o ve y su acólito Eche-Iniquus, emanación purulenta de la cópula entre un hipocampo y una gamba, de cabeza hueca y cuerpo sin alma. ¡Ambos han sabido aprovecharse de la ocasión...!

—¡Malas nuevas se avecinan! No creo que tardemos en tener noticias de ellos —dijo Quirico para sus adentros, presagiando inquietudes aun más terribles para la Corona.

—El vigilante que ha sobrevivido sabe quiénes son los autores del ataque y las razones que les han empujado a cometer tan horrendo crimen. Según me ha dado a entender, ha oído los planes de fuga de los malvados y la que se prepara allende el Pirineo. ¡En cuanto se reponga de sus heridas, me ha jurado que se personará en el palacio real para entregaros la suma de eventos que traman los separatas!

—Pues... ¿a qué aguardas? ¿A que vaya yo mismo a por él para sonsacarle, con un par de amenazas, lo que ya debiera haberme dicho si, como pretendes, es leal a la Corona?

Quirico observaba con aprensión el flujo de cólera que se iba incrementando en el corazón del rey. «*¡Jamás la cólera fue buena consejera!*» —pensó, citando a Menandro.

—¡La razón exige que, para no errar, dejes pasar la tormenta! —se atrevió a aconsejar a su real interlocutor—. ¡Aguarda a que algún indicio te saque de la duda en la que te ha hundido la fuga de nuestros enemigos, que coincide exactamente con la petición del ermitaño y de la sóror! Entonces solamente estarás en condiciones de tomar las medidas que reclama la situación.

Desabrido por los acertados consejos del metropolitano, Wamba se refugió en el silencio, buscando remedios a la enfermedad de la que padecía la monarquía desde que a Recesvinto le había dado por promulgar, en su *Liber iudiciorum* del 654, la abolición de la personalidad del derecho, estableciéndolo igual y unitario para todos sus súbditos.

Sabía sobradamente que, desde entonces, la nobleza, sobre todo la que se había constituido un patrimonio exorbitante gracias a las condiciones de suma dependencia de los siervos y esclavos que explotaban en sus feudos, no había cesado de murmurar contra el poder central.

Para preservar sus privilegios no dudaban en sembrar cizaña y fomentar revueltas. Se desvivían por debilitar los cimientos de la Corona, no porque tuvieran alguna alternativa ventajosa que proponer para salvarla, sino para evidenciar su apego innato al lucro y al desorden.

Por otro lado, como si el comportamiento condenable de dichos soberbios fuera poco, los podemitas, fascinados por teorías aniquiladoras, no cesaban de echar leña al fuego. ¿Quién podía dudar, entonces, de que, aquellos que, reducidos al estado de ilotismo: los humildes y menesterosos, oyendo a los abastecedores de ensueños vaticinar un mundo idóneo, hecho con retazos de armonía y de concordia, no prestaran suma atención al prurito de sus elucubraciones?

Emergiendo de la reconditez moral en la que yacía, Wamba dejó asomársele a los labios el fruto de sus cavilaciones:

—¡Puesto que lo que pretenden los signatarios de ambas misivas se ha cumplido conforme a sus plegarias, pido que las mesnadas reales salgan al instante de Toledo y que peinen villas, ciudades, campos y bosques y que no regresen antes de haber levantado y asaetado las alimañas que tantas calamidades y catástrofes nos han causado! ¡Que la justicia divina recaiga sobre los asesinos de los excubidores y que la sangre que han vertido los agobie hasta que el fuego inextinguible de la gehena les arranque eternos alaridos e insoportables tormentos!

Los consejos de Quirico fueron seguidos al pie de la letra.

Durante más de tres meses, las mesnadas reales, lanzadas en pos de los criminales, se dispersaron por los cuatro costados del reino.

Visitaron ciudades, registraron edificios públicos, rastrearon mansiones y edificios sagrados. Todo en vano.

Para respaldo de la iniciativa real, Quirico, conocedor de la duplicidad y falsedad de los obispos y abades, había insistido para que las milicias reales registraran ante todo sus moradas. Sabía que rabiaban, ya que, en su mayoría, estaban rotundamente opuestos a las leyes militares recién votadas porque, con ellas, perdían las sustanciales ganancias que les procuraba la práctica de la simonía a la par de la vida placentera que llevaban con tan solo poner en los labios ungüentos y santas palabras.

Se consideraban víctimas de odiosa persecución por parte del rey.

Por eso, había instado a las mesnadas a que no dejaran ningún escondite monjil sin rastrear: lugar de oración, refectorios, celdas, cuadras y pocilgas.

Con permiso de su señor rey, Quirico los exhortó a que se mostraran amenazantes y dispuestos a pasar por el filo de la espada a todo aquel que diera asilo a los puigdemoniacos y podemitas.